

CANDIL DE ALMADÉN.

Julio Zarraluqui Martínez, en el tomo I de su libro sobre “Los Almadenes del Azogue” nos recuerda cómo se alumbraban los mineros de Almadén a mediados del siglo XVI: **“La grande obscuridad de la mina se vencía alumbrándose con manojos de sogas y espartos mojados en aceite. Hasta pocos años ha - 1543 – que, por un grande incendio que hubo por quedarse uno de los manojos encendidos ardiendo a un puntal, se dexo el uso de ellos y se tomaron los candiles”**. Este texto sacado de un manuscrito de la Miscelánea Histórica de la Biblioteca de la Academia de la Historia constituye un documento básico para ver el comienzo del uso de los candiles alemanes introducidos por los banqueros Függer en las minas de Almadén.

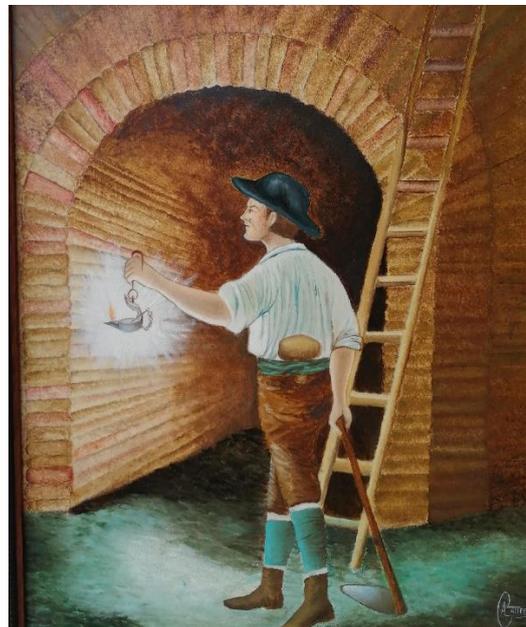
Estos primeros candiles de hierro pronto fueron cambiados por candiles de hojalata, mucho más ligeros de peso y manejables para el minero, que tenían un buen asiento y podían colgarse con facilidad, así como una buena luz con posibilidades de que esta fuera dirigida hacia la zona de trabajo. Así, con estas premisas de partida, apareció el candil de Almadén, siendo una herramienta fundamental para el trabajo en las minas a partir del siglo XVI, que acabaría extendiéndose por otras zonas mineras de España



En este candil, el depósito de combustible o candileja es cilíndrico de sección elíptica, cuyo eje mayor es de 9 cm y el menor, dispuesto en el sentido del mechero, no pasa de 8 cm; el alto del cilindro varía entre 3 y 4 cm. De la parte posterior del candil se alza, encorvándose hacia delante, una

especie de agarradero de donde sube el ganchito y cuya forma es a propósito de engancharle en el pulpejo de la mano sin inutilizar a esta en sus movimientos.

El material para su fabricación en Almadén era muy variado y así, el que usan los ingenieros es de latón o cobre, para evitar toda acción magnética cuando hay que trabajar con la brújula, el de los oficiales o capataces es de hierro batido y de hojalata el de los trabajadores, pero todos ellos tienen la misma forma.



El aceite usado habitualmente en Almadén era de oliva, a diferencia de otros lugares, en los que usaban aceite de colza o de nueces. El aceite lo proporcionaba la empresa, teniendo un empleado encargado al servicio del alumbrado para proporcionar los materiales necesarios y que se llamaba “Almijarero”. La cantidad suministrada era de ochenta gramos de aceite para seis horas de candil, a excepción de los entibadores, que necesitaban mejor luz y para conseguirlo usaban la torcida mas gruesa; gastaban ciento veinte gramos

PARA SABER MÁS:

Revista “Azogue” del Grupo Mineralogista de Madrid. 1992.